Dionisio Cañas, «poeta en Nueva York»

Valentín Arteaga

Tiene Tomelloso muy ancho y crecido el corazón. Y un manera infinita de desposarse con los despropósitos, con el encantamiento que concede el milagro, con la poesía, que es, cada vez más, una especie de parentesco con lo religioso, según me explica Dionisio Cañas. Dionisio Cañas es un poeta de Tomelloso que cruza la plaza mayor de su pueblo con más prevención y detenimiento que lo hace en cualquier avenida de Nueva York, donde reside. Dioniso Cañas lleva dentro de sus ojos innumerables paisajes muy diversos. Después de haber vivido ocho años en Francia, un buen día, guiado por el amor y el infinito modo de encaramarse con la aventura del misterio que tienen todos, o casi, los tomelloseros en general, se trasladó a Nueva York, donde estudió Filosofía y Letras en su Universidad, doctorándose. Actualmente enseña allí literatura hispánica. Dionisio Cañas es un poeta de cuerpo y alma enteros, que viene de la desposesión de la alegría y se encamina apresuradamente a darle toda la vuelta al Apocalipsis. Ha escrito libros tan importantes como «La caverna de Lot», «Lugar», «Los secuestrados días del amor» y «El final de las razas felices». Si Tomelloso, con Eladio Cabañero y Félix Grande, era ya un punto de referencia imprescindible en el panorama poético español de la hora del grupo generacional de la lírica del cincuenta, con Dionisio Cañas sigue siendo un enclave importante en la poesía última. Con frecuencia, Dionisio Cañas retorna a Tomelloso y viene con él Francisco Brines, José Hierro, José Olivio Jiménez, Luis Antonio de Villena o Carlos Bousoño. Dionisio Cañas está en la punta del relámpago de la hora española más en boga de la poesía contemporánea. Ha llegado hasta arriba de ella por méritos propios. «Mi poesía primera –nos dice– fue una exploración de mi propia persona, pero actualmente escribo sobre el mundo visto como una ofrenda oscura y dolorosa, más exaltante y hermosa a la vez». siempre que regresa Dionisio Cañas a su Tomelloso natal se me concede el don inmérito de beber vino joven de La Mancha con él y hablar de poesía hasta las tantas. Dionisio Cañas es un amante enfervorizado y apasionado de la poesía y de la vida. Los dos coincidimos en que ambas son una celebración. El hombre es un animal transcendente que necesita con urgencia de la fiesta. «Las experiencias expresadas en mis poemas provienen de la plenitud que da el mundo y de la oquedad que nos queda cuando se nos priva de él; de la inocencia con que vamos a la muerte y de la culpa cuando miramos el pasado que nos acusa», confiesa Dionisio Cañas desde la estatua estremecida de su voz, alta y morena, como si nos llegara, a raudal vivo, su firme y querenciosa amistad. Dionisio Cañas apuesta por la amistad y por las raíces de la tribu, a las que regresa estos días para ser el mantenedor de la 37.ª Fiesta de las Letras de Tomelloso. Dionisio Cañas nació en este lugar de La Mancha en el año 1942, justamente el año en que tenía lugar la primera Fiesta de las Letras de Tomelloso. Ha sido todo un acierto de los responsables de Cultura de la actual Corporación de su pueblo, una de esas suertes mágicas que se sacan del sombrero o de la boína los dioses tutelares del paisaje y el paisanaje del Tomelloso. En el Tomelloso hay mucho duende suelto. En la escritura de Dionisio Cañas también. Dionisio Cañas y Tomelloso se maridan que da gusto. «Poeta en Nueva York», Cañas lleva pegado a la piel del corazón el arrimo jubiloso y perenne de sus ancestros. Algún día, eso se verá, este joven poeta apocalíptico, que se agarra con las dos manos a la desnudez de la inocencia, nos dará un susto bienhadado y dulcísimo: el de subirse al borde del vaso de un vino de Tomelloso para proclamar definitivamente la alegría de tener aún esperanza. Y la esperanza regresa siempre, yo veo a Dionisio Cañas cada vez más cerca de Tomelloso. De ahí que entienda y celebre que la actual Fiesta de las Letras de su pueblo le haya traído desde Nueva York hasta el «Casino de San Fernando», «Bar Alhambra», a la «Calle de la Feria», hasta su parentela y sus recuerdos inolvidables de niño, no fuera que se nos perdiese sin que le pudiésemos decir que su poética nos importa mucho». Veo al ser humano, al mundo y a mí mismo como algo misterioso e indescifrable. Este misterio que cada vez se me hace más presente y que confundo con lo que por lo general entendemos como lo real», susurra Dionisio Cañas mientras nos damos una vuelta juntos por las calles de su lugar natal. Tomelloso tiene que sentirse orgulloso al poder contar con un poeta de la talla lírica de Dionisio Cañas. Un día, en Nueva York, alguien le pregunta de dónde es, y él, natural, sencillo, responde: «De Tomelloso», a lo que se le contesta: «Vamos, Dioni, no seas esnob».